

ACTAS

XXXVII ENCUENTRO DE GEOHISTORIA REGIONAL

PROBLEMÁTICAS REGIONALES

FRONTERAS Y CONFLICTOS

/11.12.13/OCTUBRE/2017

/Posadas.Misiones/



ISSN 2618-2963



POLISEMIA DE LA VIOLENCIA. APROXIMACIONES AL USO DEL CONCEPTO EN ESTUDIOS DE LA DINÁMICA SOCIAL REGIONAL

AUTORES

> DAMIAN NAVARRO
Conicet/UNNE
E-mail: damian_navarro@hotmail.com

> DAVID LUNA
Conicet/UNNE
E-mail: davidhernanluna@gmail.com

RESUMEN

La Violencia se ha vuelto un tema recurrente en el campo de la investigación social, del mismo modo, es un “lugar” común en los medios de comunicación, en los ámbitos laborales, en las dinámicas escolares, etc. Sin embargo, esta recurrencia temática no implica la univocidad del concepto, ni siquiera un “aire de familia” en los discursos que la tienen como eje. Por lo que se vuelve un imperativo necesarios poder hablar, en el sentido que propone Rozé (2015), de una “polisemia de la violencia”, para referir a la multiplicidad de significaciones que se le otorgan a la palabra y la diversidad de formas en la que ésta opera en la sociedad.

Hay un sentido operativo-metodológico que deriva del concepto violencia, que buscamos elucidar en el presente trabajo para com-

prender la dinámica de los procesos sociales. Para eso, se propone un recorrido por algunas de las variantes conceptuales más relevantes, emergentes de la sociología crítica, que nos permitan superar la conceptualización difusa, y poder observar la multiplicidad de sus determinaciones.

De este modo nos apartamos de mirar el hecho violento (manifiesto y explícito) como algo aislado, como una anomalía en el desarrollo de una sociedad que se supone ordenada, que es lo común en el tratamiento cotidiano; para considerar que la violencia y los cambios que ésta produce son constitutivos de la dinámica social. “Lo que se puede caracterizar como violencia no es ya un hecho, cosa o situación; sino un componente, operado en el proceso de génesis, consolidación, transformación y destrucción de relaciones sociales” (Rozé, 2015).

Rescatando de este modo el carácter potencial, activo y productivo de la violencia. Que adopta distintas particularidades según las relaciones preexistentes en el territorio en que opera; transformando, destruyendo y creando nuevas relaciones sociales.

Introducción

El presente escrito busca aportar reflexiones en torno al uso del concepto de violencia como operador metodológico. Nos interesa el tratamiento que ha tenido dentro la teoría crítica y, particularmente, cómo se ha aplicado a estudios sobre la dinámica social regional. Nos parece necesario un relevamiento de algunos aportes a la temática que consideramos centrales para iniciar la discusión. En este sentido, rescatamos los desarrollos acerca de la violencia que han hecho Foucault, Byung-Chul Han, Membe y otros que retoman de éstos algunos aspectos y los desarrollan.

En diferentes ámbitos la violencia aparece asociada a una carga negativa, y por lo tanto, como lo que hay que erradicar. Desde la perspectiva del conflicto como generador de lo social, la violencia es entendida como la determinante de las relaciones, y la coacción como la sostenedora de las mismas. La violencia se vuelve entonces como algo intrínseco a las relaciones sociales, y por lo tanto, a nosotros mismos.

Al asumir este enfoque, la investigación social encuentra en la violencia un operador metodológico privilegiado. El momento que se debe buscar para observar los enfrentamientos, las fracciones de clases que lo llevan a cabo y el modo de resolverse.

El desarrollo de esta perspectiva encuentra aplicación regional en los trabajos de Jorge Rozé. En ellos hacemos un relevamiento del uso del concepto violencia y los resultados obtenidos.

Algunas aproximaciones a la conceptualización de la violencia

Punto de partida

La violencia está en nosotros, es constitutiva de la totalidad de las prácticas sociales que encarnamos y sobre las que nos movemos diariamente, esto no nos hace por definición portadores de la violencia, pero tampoco meras víctimas, porque la violencia no se reduce a episodio exclusivamente manifiesto en que el ejercicio se expresa por la relación entre un violento y un violentado, aunque

su punto de mayor cristalización suele darse bajo formas de golpe físico y agresiones materiales concretas, pero en la continuidad de las relaciones, más acá y más allá de los hechos de agresión física, la violencia sigue actuando como un operador necesario para la existencia de las dinámicas sociales regidas en el sistema de dominación capitalista que nos regula y domina actualmente.

No hay manera de quitarle ambigüedad al tema de la violencia, ya que por definición estamos hablando de un concepto polisémico que resulta absolutamente provocador en casi todos los espacios de discusión en el que sea considerado. Por eso, el esfuerzo desde las ciencias sociales por entenderlo reviste la dificultad de asumir que se trata de comprender un campo de reflexión teórica que afecta a enormes capas de sensibilidad social. ¿Por qué? Básicamente porque la violencia, tanto en forma de monopolio absoluto del Estado o en la forma de regulación entre paz y guerra propia de algunos contextos de América Latina, en los que otros actores disputan con el Estado las dinámicas de violencia sobre los territorio, siempre en última instancia afecta directamente la vida de inmensas masas de población marginal y excluida.

Sin embargo, asumir la tragedia de la violencia generalizada no debiera llevarnos, por lo menos desde las ciencias sociales, a una tendencia apodíctica que cosifique y naturalice la violencia. El esfuerzo debiera estar en tratar de comprender su funcionamiento y la forma en la que interviene y operativiza las relaciones sociales propias del actual paradigma dominante.

Para eso consideramos fundamental comenzar por plantear y asumir su beta creativa, su enorme capacidad de crear relaciones sociales de forma permanente y no solo prestar atención a su actuación de demolición, de quebranto, de negación de las sociedades.

Para ello hay que volver a preguntas básicas, como por ejemplo ¿Qué es la violencia? ¿Por qué resulta una tarea tan ambigua su reflexión y análisis?

Para dejar iniciada esta línea de interrogantes, sin la arrogancia de creer tener las respuestas definitivas, habría que empezar por intentar definir en lo concreto a la violencia. Para ello habría que decir que se trata de una cualidad, una fuerza operatoria y una manera de proceder. Los argumentos para condenarla, se relacionan con la misma fascinación que despierta (tanto en quien la ejerce, como en

quien la contempla). También se la suele calificar de posesiva, en tanto que el violento es un proceso de su misma fuerza. Los efectos que provoca, en la medida que sea, producen invariablemente una alteración, una marca visible o apenas adivinable. Como sea, la fuerza no se desata sin un motivo, esté o no expuesto. En todos los casos se ejerce contra un cuerpo ya sea éste biológico o un enunciado. De tal manera que la violencia actúa sobre una relación para modificarla, se ejerce bajo formas de destrucción física y simbólica, pero sobre las ruinas que genera no deja vacío, sino que opera inmediatamente formas nuevas de relaciones sociales, que en muchos casos vuelve a contemplar a los actores que han sido víctimas previamente. Además la violencia opera en dinámicas continuas, como en el tránsito de los expulsados del mundo rural actualmente, cuya violencia inicia con la desposesión de sus tierras, de sus modos de vida y de producción, para continuar luego bajo otras dinámicas de violencia estructural con que van trabar relaciones en las dinámicas quienes por ejemplo realicen migración hacia centros urbanos.

La violencia no desaparece, en todo caso se transforma, cambia su corporalidad, su rítmica, su métrica, su forma de acontecer, inclusive hasta se traslada espacialmente, pero siempre que estemos hablando de relaciones sociales en una sociedad cuya base explicativa esta signada por la lucha histórica entre clases, grupos y sectores, siempre estará presente de múltiples maneras.

Ahora bien, necesitamos desmitificar la violencia, descencializar la mirada más común para poder entenderla como variable operativa y constante en la sociedad. Esta tarea al tiempo que puede servir para provocarnos, además nos obliga a poner en crisis cualquier punto de vista que por asumido y consensuado a veces pasa a ser indiscutible, cayendo lentamente en dogmatismos que obturan la posibilidad de seguir profundizando en el análisis de los acontecimientos sociales. Para eso hay que acudir al principio dialectico que nos plantea que la destrucción, principio indiscutido de la violencia, devine invariablemente formas de creación. Inclusive se podría decir que no hay destrucción sin proyectos creativos previos. Pero más allá de eso, cuyo desarrollo estará a lo largo del trabajo, pareciera ser necesario acudir a una provocación más cercana e íntima respecto a la violencia. Hacernos la pregunta acerca de su naturalidad, para poder asumir todos esos sitios comunes que desde la Modernidad para acá

y con la imposición de los estados nación se han vuelto perspectivas dominantes y fuertemente naturalizadas para la condición humana. En ese sentido, el catálogo de la muestra que el artista plástico Kenneth Kemble presentó en la exhibición de la Galería Lirolay el año 1961 dice algo absolutamente provocador para la línea de análisis que venimos sosteniendo:

(...) Así como el hombre deriva emociones intensas, satisfacción, placer, o lo que quiera llamársele, de las actividades constructivas y creadoras, también existe en él, el polo opuesto. El de derivar emociones, placer o satisfacción de la destrucción, del romper, quemar o descomponer y, de la contemplación de tales actividades. Todo el mundo ha experimentado el deseo, casi siempre contenido es cierto y nunca del todo confesado, de romper a pedradas el cristal de una gran vidriera; o se ha imaginado libre de hacer lo que se le da la gana en un negocio de cristalería. Todos hemos, en alguna ocasión u otra, sentido una gran satisfacción al romper algún objeto casero que personificaba entonces para nosotros toda la maldad del mundo, fuese este un reloj despertador o una radio especialmente molesta. Todos tenemos una dosis de sadismo o masoquismo más o menos desarrollados pero que no queremos admitir. Y todo niño antes de construir, destruye. La corta duración de un afiche intacto en las calles responde a la misma inclinación. La curiosidad mórbida que experimentan las multitudes ante una gran catástrofe, sea ésta un accidente de aviación, un gran incendio, o un choque de trenes, responde también a esta sensación de placer innata en el hombre ante tales hechos, nos plazca o no admitirlo (Cippolini, 2006:39)

Si bien no es nuestro interés analizar ni atisbar una lectura sobre la naturaleza de la violencia, consideramos relevante poder de-construir la mirada de absoluta negatividad que abunda sobre ella y la concepción de externalidad, como fuerza siempre ajena que afecta lo social. De alguna manera la violencia es inherente a lo social, está en el tejido del orden social y opera de forma creativa.

Dos tendencias

La violencia en términos conceptuales ha transitado por tupidos y diversos caminos en la literatura general y en las corrientes internas de las ciencias sociales en particular. De esa nutrida

conurrencia, han devenido usos metodológicos y posicionamientos teóricos que abarcan una gran heterogeneidad de expresiones, hasta arribar inclusive a instancias de marcado antagonismo. Siguiendo nuestro planteo, entre las muchas formas de entender la violencia, hay dos que por lo menos en principio abren aguas: Por un lado, hay una tendencia bastante generalizada en los usos y planteos académicos -que suele coincidir con los postulados del sentido común dominante- que sostiene que la violencia es un momento-situación, en general manifiesto y explícito que pone en crisis la sociedad sobre la que se efectuó. Esta perspectiva guarda entre sus presupuesto una mirada apodíctica sobre la sociedad como el resultado de los momentos que desaparece la violencia y el conflicto. Un caudal simbólico de índole romántica permea en el fondo una mirada cargada de nostalgia por la paz y de convivencia armónica como estado ideal, donde la violencia se expresa como anomia que altera las formas de orden que esa sociedad en cuestión se dio o intenta dar. Desde este enfoque que se desarrolla tanto en escuelas conservadoras como en otras que dicen asignarse a tendencias críticas, la violencia configura un momento de negación de lo social.

Por otro lado, hay una concepción positiva sobre la violencia, que la entiende como un instrumento inherente y constitutivo de la sociedad. Desde esta posición, que ya conforma una posición de crítica teórica, lo que se intenta es poder evidenciar todas las formas de violencia, tanto explícitas y manifiestas, como implícitas y sutiles que operan los distintos tipos de órdenes sociales que van organizado las diferentes sociedades. Consideramos que esta lectura sobre la violencia nos quita la urgencia por resolverla, tan común en las coyunturas contemporáneas y nos coloca ante el desafío de entender cómo funciona, cómo deriva y crea formas sociales constantemente.

La vigencia actual de este concepto viene transitado terrenos tan fértiles y diseminados, que han emergidos diversos grupos abocados exclusivamente al estudio de la violencia. En muchos casos bajo una tendencia a banalizar la violencia, cosificarla para no profundizar en el estudio de la sociedad sobre la que esa violencia opera. Ejemplo de esto es la Sociedad Latinoamericana de Violentología (SLV), que reúne tanto a académicos como fun-

cionarios públicos bajo la premisa de “reducir la violencia en la sociedad y fomentar culturas de convivencia”, sosteniendo en la base de sus planteos una mirada sobre una sociedad idealizada, como aquella en la que se da la ausencia absoluta de la violencia, asumiendo que las:

(...) culturas y estructuras violentas no se pueden transformar mediante la violencia, pues ello llevaría a nuevas estructuras violentas y reforzaría una estructura bélica. La forma de romper ese círculo vicioso es anteponer una cultura y una estructura de paz (2016: 11).

Planteo que resulta políticamente correcto en muchos círculos, pero desafortunado si la tenemos por pretensión lograr un conocimiento crítico de la sociedad y de los mecanismos que la generan.

La violencia contiene desde nuestra perspectiva un valor dinámico y relacional que rompe con la mirada estigmatizada que la ve como expresión de absoluta negatividad, impidiendo tematizarla y hacer observable las múltiples formas en la que se presenta y representa, en la que se constituye y re-constituye, siempre en el juego de relaciones sociales de disputas constantes. En este sentido, Bolívar Echeverría nos ayuda a salir del horror que nos provoca revisar la historia de América Latina, como esa historia de siglos de destrucción, sometimiento, expoliación, etnocidio, para poder pensar la historia y la violencia en ella -sin quietar la contundencia de los hechos- en clave de también de proceso creativo engendrado por las mismas fuerzas que antes fueron de destrucción. Para él, “una violencia constructiva, dialéctica, paideica, está sin duda en el fondo de la vida humana institucional y civilizada” (Echeverría, 1998:101), actuando como sustrato, como operador constante en las relaciones. Este enfoque acerca de la violencia, no niega su cualidad negativa, su fuerza de coacción, el sustrato de dominación que promueve, pero nos permite pensarla en función de su valor dinámico y relacional. No pretendemos naturalizar la violencia, tampoco derivar en una lectura meramente apologética. Sino entender como la violencia opera en la configuración de la sociedad, como se dan las diná-

micas de destrucción de relaciones sociales, pero también como se hace presente en dinámicas de construcción de relaciones.

Algunos recorridos teóricos para entender la violencia continua en nuestras sociedades

La violencia opera sobre las relaciones sociales en general, pero fundamentalmente opera como potencialidad económica sobre las relaciones sociales de producción. Pero ¿Qué tipos de relaciones crea?, no se reduce linealmente a un tipo de desarrollo, pero una variante fundamental de los resultados que genera la violencia, deriva y transforma las relaciones de poder. Violencia y poder son dos caras de una misma moneda desde esta perspectiva. Ya que adscribiendo a los planteos fundamentales de Foucault, el poder resulta un dispositivo de control que regula en base a la administración de los cuerpos, la sociedad en su conjunto. Es decir que la violencia actúa sobre la conformación de una sociedad injusta regida por uno o varios tipos de poderes que ejercen control administrativo sobre la vida. La idea de control sobre la vida, guarda estrecha relación con la descripción hecha anteriormente acerca de percibir a la violencia también como una fuerza creativa.

Pero en esencia, lo que define a la violencia, aun en sus expresiones más simbólicas, siempre será algún tipo de alteración sobre el cuerpo humano o como Foucault decía, sobre el cuerpo-especie.

Si la violencia crea relaciones sociales, el poder administra esas relaciones generando dispositivo de regulaciones normalizadoras. Pero para poder entender la relación entre violencia y poder, consideramos necesarios caracterizar tres conceptualizaciones enmarcadas en un mismo proceso dialéctico y que nutren la perspectiva crítica fundada por Foucault: el surgimiento de la biopolítica, en el marco de un capitalismo en emergencia; el surgimiento de la psicopolítica, como núcleo duro del dinámica neoliberal de escala global; y el replanteamiento del poder a escala global con el concepto de Necropolítica.

Desde Foucault todos discursos, todas relaciones de conocimiento y de saber en último término inciden en el cuerpo de los sujetos, modificando sus comportamiento. Los cuerpos son políticos y el capitalismo en su surgimiento expresa una forma de gobierno con base

en el conocimiento biológico de los cuerpos para la transformación de las poblaciones que el autor llama Biopolítica. En la que las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población son los ejes alrededor de los cuales se despliegan los mecanismos de poder sobre la vida. La anatomía y la biología, la emergencia del individuo como inteligibilidad posible y las tecnologías que lo encierran dan cuenta de un poder cuya función ya no es matar, sino que invadir la vida en su totalidad.

Primero se pensó en el cuerpo

(...) como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: una anatomopolítica del cuerpo humano. (Foucault, 1968: 68)

Es una violencia que se ejerce bajo el control de los cuerpos proporcionada por el conocimiento. Creando formas de vida y de cuerpos que actúen en función de los requerimientos del poder dominante. Esta dinámica social, está fuertemente desarrollada en la etapa de surgimiento del capitalismo y con el de los Estados Nación.

Posteriormente, siguiendo a Byung-Chul Han, con el concepto de Psicopolítica, la violencia es interiorizada por el propio sujeto. El control de la sociedad se vuelve un dispositivo que actual en la intimidad de los sujetos, bajo dinámicas de auto-exigencia.

Este autor plantea que el capitalismo actual no necesita guerra abiertas como en la etapa de monarquías para legitimar su poder, tampoco necesita de instituciones disciplinarias (manicomios, cárceles, escuelas) como durante el pasaje entre el siglo XVIII y XX -que coincide con la emergencia de los estados nacionales-, porque actualmente la relación de dominación no se explica por sometiendo directo, sino que el orden civilizatorio neoliberal, trasladó la explotación al mismo sujeto, es decir el capitalismo actual se explica por la autoexplotación. Cada individuo se encarga de volverse a sí mismo lo más eficiente posible, de alcanzar determinados estándares de producción y por si fuera poco, lo hace con gusto. En el libro “Topología de la Violencia” Han (2016) dice:

...El sujeto no está sometido a nadie. En lugar de una coacción externa aparece una coacción interna, que se ofrece como libertad. Este desarrollo está estrechamente relacionado con el modo de producción capitalista. Porque a partir de cierto nivel de producción, la autoexplotación es mucho más eficiente, mucho más potente que la explotación del otro, porque va aparejada con el sentimiento de libertad... (Byung-Chul, 2016)

Desde esta perspectiva lo que vemos es un proceso de recodificación, reterritorialización de las subjetividades, por parte del capitalismo, mediante una mecánica de violencia lisonjeante, de violencia positiva. Han plantea que el sistema capitalista te trata tan bien, que puede hacer que hagas cosas en contra de tu voluntad, y lo hagas feliz, como auto-explotarte. Donde antes operaba con violencia directa, coactiva, compulsiva, con disciplinamiento e internalización del miedo, ahora opera con amor, con libertad. Para eso hay que auto explotarse bajo un proceso indetenible de fetichización de la vida y de las relaciones sociales.

Hasta aquí tenemos un recorrido sobre la violencia que coincide con el proceso de evolución del capitalismo hasta las etapas más recientes. Un pasaje desde formas de violencias originarias diría Marx y sacrificiales diría Dussel, pasando por la forma institución normalizadora, bajos dispositivos disciplinares dirá Foucault, hasta en las condiciones más recientes de neoliberalismo de destrucción creativa (Harvey) que actúa sobre la base de una subjetividad creada para la autoexploración, nos dirá Han. Pero esa linealidad se rompe o vuelve a los orígenes de la violencia y de las formas fundacionales de poder con el concepto de Necropolítica.

Es Mnembe quien lo propone, para poder dar cuenta de que el sistema sigue sosteniéndose bajo la fuerte incidencia que tiene la idea de amenaza de muerte en la regulación de la sociedad. Además de romper la linealidad temporal del concepto de poder como una evolución emparejada con el desarrollo del capitalismo, este autor rompe una continuidad espacial, porque marca como en algunas geografías, en general del sur, la amenaza de muerte no actúa como mera abstracción sobre las subjetividades, sino que territorialmente hay regiones donde las formas de violencia siguen estando sujetas a formas

de muerte que llevan siglos alimentando los proyectos propios del dominio capitalista.

En síntesis, este autor nos muestra como la transformación de las dinámicas de violencia en el marco de la evolución del poder en la sociedad, no anula su base fundacional de poder de muerte, aún vigente y activa en regiones del sur global.

La Violencia como operador metodológico. Análisis de la aplicación en investigaciones de Jorge Rozé sobre la región.

Un intento de operativizar metodológicamente el concepto de Violencia aplicado al estudio de la dinámica social regional fue realizado por Jorge Rozé. El marco metodológico utilizado fue construido desde autores clásicos del pensamiento social: Karl Marx, Friedrich Engels, Jean Piaget, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, por un lado. Y en el mismo sentido que propone una lectura local, completan el marco teórico, autores que han hecho lo mismo en sus investigaciones. Aparecen como fundamentales las investigaciones del sociólogo argentino Juan Carlos Marín y también de autores como Nicolás Iñigo Carrera, Inés Izaguirre, que aportan al marco conceptual que ha construido Rozé.

El objetivo general de los trabajos relevados gira en torno a ampliar el conocimiento de las realidades político-sociales regionales, a partir de hacer visibles los determinantes de la dinámica territorial que permanecen invisibilizados y, por lo tanto, nos torna incapaces de comprenderla cabalmente. Este determinante es justamente la violencia en una multiplicidad de determinaciones.

El sentido polisémico con el cual se utiliza este término es la llave de acceso a los procesos. Debido a que al iniciar el proceso de observación de los hechos caracterizados como violentos, rápidamente se necesita un esfuerzo epistemológico para superar el sentido común que funciona como obturador del conocimiento (Bachelard, 2000). Una vez despojados de la caracterización más difundida acerca de la violencia, la definición se hace extensa. No se desestima el hecho violento en sí, sino que “encontramos que no se trata de un conjunto de hechos sino de una multiplicidad de operaciones que lo que tienen en común es modificar relaciones sociales” (Rozé, 2016: 8). La violencia entonces deja de verse como una característica de ciertos

hechos, y pasa a considerarse como acontecimientos determinantes y reguladores de un espacio social; que, al igual que planteaba Foucault acerca del poder no está en posición de exterioridad con respecto a las relaciones, sino que las constituye.

“Lo que se puede caracterizar como violencia no es ya un hecho, cosa o situación; sino un componente, operado en el proceso de génesis, consolidación, transformación y destrucción de relaciones sociales.” (Rozé, 2016: 8).

La definición de violencia como un componente de las relaciones sociales, involucrado en el origen de las mismas y operando en su desarrollo, es el hallazgo de las primeras investigaciones de Rozé y, a la vez, inaugura un programa de investigación sobre la génesis, constitución y consolidación del entramado de relaciones sociales y económicas en el nordeste argentino. El cual, a partir de esta operativización conceptual, busca comprender las particularidades de las realidades de la región. Entendiendo que la dinámica de la misma no es autónoma, sino que debe ser comprendida en relación a los procesos de globalización, en los cuales cumple una función periférica. En esta perspectiva la violencia no es un operador metodológico aislado, es decir, no explica por sí misma la dinámica social. Su potencial explicativo se efectiviza junto al de Lucha de Clases.¹

Cuando hablamos de lucha de clases estamos refiriendo a una forma, un método, un dispositivo de conocimiento y transformación de la realidad y comprensión de los procesos históricos, cuya característica consiste en avanzar más allá de las explicaciones reducidas de un campo disciplinario; asumiendo que la única constante en el desarrollo de las sociedades es el cambio y los conflictos son constitutivos de su existencia. (Rozé, 2016: 10)

De este modo la lucha de clases pasa a ser un componente determinante para comprender el desenvolvimiento de la realidad. De allí su consideración como operador metodológico en el desarrollo del proceso investigativo y no meramente un momento determinado de la historia o un modo de darse la relación entre las clases funda-

¹ En este aspecto el desarrollo de la obra de Rozé y sus equipos de investigación es tributario del trabajo de J.C. Marín: “Para muchos, la conceptualización de lucha de clases es más o menos una cosa porosa, rocosa y poco útil [...] En realidad nunca ha habido un esfuerzo sistemático, permanente y continuo que desarrollara con cierta claridad las formas precisas, más claras, más transparentes en que se expresa uno de los operadores, no sólo teóricos sino central en la construcción de lo social, que desde la perspectiva de Marx es el de la Lucha de Clases.” (Marín, 2009: 40)

mentales. Aunque estos dos modos de entender el concepto no sean ajenos a las investigaciones. En ellas hay dos modos de entender la lucha de clases y diferentes escalas:

a) Enfrentamiento entre clases: burguesía y proletariado se enfrentan abiertamente. Este enfrentamiento puede ser de diferentes magnitudes, considerando tanto el reclamo (consigna) y el desenlace. En su punto máximo puede darse una lucha abierta por el control de los medios de producción o, en menor escala, el reclamo por mejores condiciones laborales para los obreros de un sector, o el enfrentamiento por el precio de un producto.

b) Enfrentamiento intra-clases: la lucha entre diferentes fracciones de burguesía (capitales de diferente constitución, cuantía o estado de constitución) por la hegemonía en los procesos de expansión del modelo capitalista (apropiación de nuevos territorios) o el manejo del aparato del Estado. La lucha de clases en el nordeste argentino se dió predominantemente bajo esta forma (Rozé, 2007).

c) Alianzas de fracciones inter-clases: los enfrentamientos entre fracciones de la burguesía se dan solapados bajo prédicas de búsquedas del bienestar general y de mayores niveles de justicia. Por lo que en muchas ocasiones logra la incorporación de otras fracciones de burguesía y sectores del proletariado.

De este modo se diagrama una trama de lo realidad que torna indisolubles los conceptos de violencia y coacción para comprender el desarrollo de la misma. En el cual la forma en que se resuelven los conflictos que provoca el capitalismo en la expansión a escala global en los territorios donde se inserta, se torna el modo privilegiado para comprender la génesis y los modos de reproducción de las formaciones sociales y económicas.

Conclusiones

Hemos tratado hasta aquí de dejar planteado que cuando hablamos de violencia, inmediatamente activamos un campo basto y difuso que necesita aclararse para poder derivar en prácticas de análisis de situaciones y problemáticas sociales de nuestra región. La violencia se nos presenta como un elemento de fuerza y bajo características proteica y creativa. La violencia inherente a lo social ha sido visceral en el desenvolviendo del capitalismo en general y en la forma que

tomo en nuestra región en particular. Así como cambia a la sociedad y las relaciones en su interior, su propia dinámica también va mutando constantemente. De formas de violencia por agresión directa a formas de auto-violencia, entre otras, han sido necesarias para explicar las condiciones de evolución de nuestra sociedad.

Este trabajo en definitiva se propone aportar a la reflexión que entienda que la polisemia de la violencia de la que hablamos no se agota en los diferentes sentidos fijos que se le asignan, de los cuales rescatamos algunos, sino que hace referencia a su propia condición de mutabilidad. Por lo cual se vuelve un concepto fructífero como operador metodológico en las investigaciones sociales.

Sin embargo, aun hoy son más las preguntas que abre que las definiciones que podamos tener este concepto. Está clara su asignación como instrumento funcional al sistema productivo de cada sociedad, su instrumentalización como potencia económica pero su devenir no acaba allí.

Por eso consideramos oportuno cerrar esta ponencia, abriendo preguntas que continúen problematizando un concepto tan intrincado a nuestras metodologías de análisis, como necesario elucidar para comprender las dinámicas de luchas sociales propias de nuestra región: ¿Qué implica una situación de violencia en la región?

¿Qué valor le damos a las respuestas a las situaciones violencia?

¿Cuáles son las situaciones de violencias emergentes y ocultas en la dinámica regiones? ¿Cuáles son los instrumentos que los investigadores e investigadores necesitamos para volverlas observables?

¿Qué hacemos cuando una violencia oculta se vuelve observable?

Bibliografía

BACHELARD, G. (2000). *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

CIPPOLINI, J. (2006) “*Mitologías de la violencia*”.

ECHEVARRIA, B. (1998) *Violencia y Modernidad en El Mundo de la Violencia*. Comp. Por Adolfo Sánchez Vázquez. México. Fondo de Cultura Económica.

BYUNG-CHUL H. (2016) *Topología de la violencia*. Alemania. Herder.
FOUCAULT, M. (1996) *Historia de la Sexualidad*. Vol. I La voluntad de saber. Siglo XXI Editores. Vigésimo cuarta edición. Pág. 168.

FOUCAULT, M. (1976) *Vigilar y castigar Nacimiento de la prisión*. México. Siglo Veintiuno Editores.

FOUCAULT, M, (2004) *Nacimiento de la biopolítica*. México. Fondo de Cultura Económica.

RODRIGUEZ, P. (2019). *La medusa en el espejo*. Buenos Aires: Ediciones CICC.

ROZÉ, J. (2003). *Inundaciones recurrentes. Ríos que crecen, identidades que emergen*. Buenos Aires-Resistencia: Fundación Ideas.

ROZÉ, J. - Pratesi, Ana. (2005). *Conflictos centrales en la periferia de la globalización*. Buenos Aires: Libro en Red.

ROZÉ, J. (2007). *Lucha de Clases en el Chaco Contemporáneo*. Resistencia: La Paz Ediciones.

ROZÉ, J. (2011). *Conflictos agrarios en Argentina. El proceso Liguista*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

ROZÉ, J. - ROMÁN, M. - GRACIOSI, M. - Luna, D. (2016). *Vientos y Tempestades. Violencia en la periferia de la Globalización*. Corrientes: Eudene.